

# DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Palma, 32 dupdo., Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

## LAS ELECCIONES

El sufragio se ha abierto otra vez de piernas al dinero de los corruptores. Todavía fingimos indignarnos ante el espectáculo de estas inmoralidades. ¡Y, sin embargo, ya ha llovido desde que Cánovas anunció la venta del voto por dos pesetas ó por dos perros cónicos!

Ahora parece que se han apretado los tornillos más de lo regular y que se han cometido mayor número de atropellos que otras veces. Y es que no en balde nos vamos regenerando.

Estamos cansados de repetirlo: la voluntad nacional—si es que la nación tiene voluntad—no podrá nunca manifestarse por medio del sufragio. ¡Pues en buenas manos está el *puchero*! Las urnas, mientras mande Sagasta ó mientras mande Silvela, serán siempre monárquicas, ¡oh, inocentes republicanos!

¿A qué luchar, pues, si tenemos la seguridad de ser derrotados?

Lerroux, defendiendo á tiros en Barcelona la sinceridad del sufragio, es una figura verdaderamente simpática.

Pero insistimos: ¿á qué gastar la pólvora en salvas?

El sufragio, tal como se ejerce, será siempre liberal ó conservador.

Y ahí están los hechos dando la razón á nuestras palabras.

## ¡OH, EL SUFRAGIO!

—¿Cómo se llama usted?

—José Pérez y Rodríguez.

El secretario (leyendo la lista).—José Pérez... José Pérez... No está.

—Pues entonces busque usted á Manuel Fernández y Gómez.

—¿Cómo?

—Porque no recuerdo si aquí debo llamarme Pérez ó Rodríguez. ¡Me hago un lío con tantos nombres y tantos colegios!

—Pero, ¿ha votado usted ya?

—Con esta van cinco veces.

—¿Qué escándalo!

—Y lo que te rondaré, morena.

El muñidor.—¡A ver! Necesito uno que tenga fisonomía de ex presidente de sala, para votar en la sección 2.ª en nombre de un difunto putrefacto.

—¿Sabe usted quién puede servir? Melitón, el Morros, que usa patillas y es algo calvo.

—Pues que me lo traigan.

Aparece Melitón, hombre humilde y mozo de cuerda, que saluda respetuosamente á todos quitándose la boina.

—¿Qué es eso?—grita el muñidor.—Nada de bajar los ojos ni de hacer reverencias. Levante usted la frente, que va usted á hacer de magistrado, y es preciso presentarse como hombre que tiene la costumbre de dictar sentencias terribles. Usted se llama don Bernardino de la Brecolera, ex presidente de Sala.

—Corriente.

—Que traigan una levita para este hombre y que lo peine cualquiera de ustedes.

—¿Le abrimos la raya?

—Sí.

—¿Le ponemos guantes?

—Sí.

—¿Y quién se los mete?

—Uno que tenga fuerza. ¿Has oído Morros? Tú haces de magistrado.

—Corriente.

—Y te llamas don Bernardino de la Brecolera. Que te den un bastón para que lo lloves en la mano, y mientras votas te metes el puño en la boca como si estuvieras pensando en un pleito de mayor cuantía.

Melitón queda convertido en personaje y acude al colegio electoral embutido en una levita abrumadora.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntan.

Y contesta:

—Melitón Magristado de Sala.

—¿Profesión?

—Brecolera.

—A ver quién quiere hacer de presbítero para votar en representación de otro difunto.

—Servidor.

—Usted no me sirve.

—¿Por qué?

—Por flaco. Venga otro.

—Presente.

—Si éste tiene más volumen; pero hay que quitarle el bigote.

—Se le quitará.

—Y afeitarle la coronilla.

—Pierda usted cuidado.

—Después se le pone una coleta y puede servir para votar en otro colegio, en representación del *Bandulio*, que está toreando en Lima.

En la sección 8.ª se presenta un jorobado. Los de la mesa se miran con escama.

—Este es enemigo—dice uno.

—Hay que anularle—dice otro.

El presidente (dirigiéndose á uno del orden):

—Guardia. Está prohibida la entrada en el colegio con bultos... Arroje usted de aquí á ese elector, si no deja el bulto á la puerta.

Don Serafin, que habita en la calle del Congrio, acera de la derecha, acude á la sección segunda de su distrito. Allí le dicen que en aquellas listas no figura su nombre.

—Vaya usted á la calle del Salmonete, 5—, le indica un interventor.

Don Serafin se dirige á la calle citada.

—Aquí no es. Vaya usted á la plaza del Robalo, 18—, le manifiestan los interventores de la calle del Salmonete.

Llega á la plaza del Robalo, 18.

—Viene usted mal: su sección está en la plazuela del Pajel, 15.

En estas y las otras, suenan las tres de la tarde y don Serafin llega al fin y al cabo á la sección que le corresponde.

—¿Cómo se llama usted?—le preguntan.

—Serafin Chirrin y Peccicín.

—¿Tiene usted seguridad.

—¿Ya lo creo!

—Lo digo porque ya ha votado usted. ¿A la cárcel!

—¿Yo?

—Y prenden á don Serafin!

LUIS TABOADA.

## CONTRASTE

Esplendido salón, bellos tapices, del Arte y la Natura los primores, en aromas, colores y matices de hermosos cuadros y fragantes flores.

Consejeros y socios de la empresa en mullidos sillones reclinados, *trabajan* sin descanso en una mesa cubierta de licores y de helados.

Entre cuentas y cuentos ve transcurrir las perdurables horas, cual fugaces momentos de risas bienhechoras.

Un señor secretario, más orgulloso que una estatua ecuestre, va cortando del libro talonario los gajes del trimestre.

Y se va cada cual por donde vino bendiciendo su sino.

Como dantesca sombra se desliza á la luz resinosa de una tea, una figura negra que horroriza; parece un hombre... dudo que lo sea.

Desnudo y encorvado y sudoroso, flemático y sediento, se agita sin reposo

en peligro constante de hundimiento, ahogándose en la estrecha galería donde un siglo parece cada hora al que trabaja allí desde la aurora hasta que muere el día.

—¿Cuántos parías así viven y mueren condenados á torpe servidumbre,

porque así lo requieren, la sociedad, la ley y la costumbre!

\*\*\*

A media noche duerme el accionista sobre blandos colchones, y aun en sueños le pasan por la vista, dividendos, billetes y cupones.

El minero en su choza miserable sobre el jergón dormita, y en sueños ve pasar su inolvidable, su constante ilusión ¡la dinamita!

N. ESTEVANES.

## Desde la tribuna pública.

(IMPRESIONES DE UN ESPECTADOR)

—¡Pero qué bien criados y qué gordos están estos obispos! Parece que el oficio lo da de sí. ¡Eche usted carne! ¡Y luego hablarán de Azcárraga! ¡Oh, la influencia del ayuno! ¡Oh, la austeridad de la vida sacerdotal!

Empieza á hablar el obispo de Oviedo. ¡Vaya un piquito de oro! ¡Cómo se conoce que recibe la inspiración directamente del Espíritu Santo! Oyéndole viene á mi memoria el recuerdo de nuestros más grandes oradores: Rodríguez Samper, Canido, el vizconde de Campo Grande, Primo de Rivera...

Sin embargo, juraría que su ilustrísima no ha hecho un estudio muy profundo del Concordato. ¡Qué modo de contradecirse! Nada, que está hecho un lío el caballero. Pero me parece una desconsideración eso de que la Cámara no le atiendan... El conde de Romanones cuenta á Alfonso González el último chiste de Colso Lucio; el marqués de Teverga, muy serio, chupa caramelos; Sagasta hace pajaritas de papel para su nieto; el duque de Tetuán bostea; Azcárraga come emparedados; Sánchez Toca se hurga la enorme nariz; la Cámara se va quedando vacía...

Vaya, ya sale otro nuevo obispo. Á ver si éste lo hace mejor que el otro. ¡Señor! ¡Qué hará el Espíritu Santo que no viene á dar inspiración á los defensores de la Iglesia! Acaso esté ocupado en cosas de mayor empeño. No, pues este obispo está peor de palabra y de lógica que el otro. ¡Anda, y qué atrocidades dice contra el liberalismo! ¡Ni que le caputase! Necedad! Y la Cámara sigue distraída. Decididamente los obispos no dan juego. ¡Qué lástima! ¡Yo que me prometía pasar tan divertida la tarde!

Otro obispo. Y otra *lata*. Este amenaza con el infierno á los liberales, y habla de los derechos de la Iglesia, desconociendo los derechos del Estado. ¡Y á mi me va entrando un sueño regular-cito de cuerpo!

Cero... y van cuatro. ¡Pero, señor, parece que todos se han puesto de acuerdo para decir lo mismo! «Ni me toque usted al Concordato!» He aquí la síntesis de los discursos pronunciados por los señores obispos.

El quinto. Dicen que no hay quinto malo. ¡Pues lo que es éste!... Decididamente yo me duermo. ¡Vaya una tarde aburrida que he pasado! ¡Que me devuelvan el dinero!

## LA INMORALIDAD

No es de hoy el mal. Desde que España es España, la historia de su administración es la crónica de la granjería. La rapiña es una de nuestras más venerandas tradiciones. No es menos nacional que la del Cid la figura de Monipodio. Dentro del régimen constitucional, los rapiñantes de ahora tienen sus predecesores en la famosa unión liberal, ináestra en turbias especulaciones, en los polacos, de imperecedera memoria, en los moderados, grandes negociantes, los puritanos, también llamados *puritinos*, los ayacuchos, los persas, hasta perderse en las groseras bacanales del absolutismo. Más allá, pasando por el conato frustrado de regeneración del bueno de Carlos III, nos topamos con la España de los Felipes, una de las más degradadas sociedades que han conocido los siglos, y en ella encontramos á Gil Blas, vendiendo, por cuenta de Lermas y Olivares, cargos,

títulos, honores y encomiendas. Así hemos sido, así somos, y lo que hay de más triste, es de temer que así seremos.

Cayendo sobre una sociedad de tal contextura ética un régimen corruptor de suyo como el restaurado, tenía que hacer en ella estragos semejantes á los de un fuerte catarro en un tísico en cuarto grado. La restauración entera ha sido un festín de Sardanápalo. Ahora asistimos al *banquet*. Alentados por la impunidad, temerosos del mañana, los vendimiadores no se contentan ya con coger la uva, sino que arrancan la cepa. Todas las codicias andan sueltas. Una noble emulación excita hasta el frenesí las concupiscencias. Nadie quiere ser menos rapaz que su vecino. Espectáculo nauseabundo, es cierto, pero pongámonos en razón. ¿Merece otra cosa el pueblo español? No es difícil adivinar lo que sería de la hacienda de aquel propietario que dijera á sus convecinos:—«Robad, robad, amigos míos, gusto mucho de ser robado».

## LAS MUJERES DE D. CARLOS

Dieci lira. Ni una más, ni una menos. Y lo *hacía* tan barato, porque era yo español y ella sentía un gran afecto por la *pocera Spagna*.—Dieci lira, ni una más, ni una menos.

«Alternábamos» en el fondo de una miserable *trattoria*, apenas alumbrada por dos humosos quinqués; apoyados en el mostrador, varios obreros borrachos discutían á gritos los desastres del ejército italiano en Abisinia; un viejo napolitano, tendido en el suelo, tocaba la flauta.—Hacia un calor insoportable.

—Si—añadió aquella mujer con cierto tonillo altanero—, tú no sabes con quién hablas, porque aquí como me ves, yo he sido el *amore* de todo un rey, de todo un rey español...

Hizo una pausa, una de esas pausas estudiadas, de gran actriz, y continuó con entonación de soberano orgullo:

—Sí, sí, *bambino mio*; la querida de un rey, la querida de un rey español, la querida de D. Carlos séptimo.

Otra pausa.

—Séptimo, ¿verdad?

—Sí... séptimo.

Pedi otra botella de *quanti vecchio*, interesado ya por aquella mujer que había tenido tratos, y tratos íntimos, con nuestro D. Carlos.

—¡Oh, aquellos eran otros tiempos!—continuó la italiana. Tenía yo entonces diez y ocho años, y parecía una de esas *Madonnas* que hay en San Pedro. Mi viejo *cardinali*, admirado de mis encantos, me llamaba la *bella fiorentina*, la *nieta gentil de Boccaccio*...

Mi voluntad era ley; me había hecho dueña de un palacio en la ciudad y de otro en la *campiña*, y tenía criados y *carrozzas* y trajes elegantes y joyas espléndidas y muchos miles de liras para la satisfacción de mis caprichos...

Pero ¡ay, amico!, el *cardinali* estiró un día la pata ¡y adiós todas mis grandezas! De la noche á la mañana, me encontré en medio de la calle, sin tener un pedazo de pan que llevarme á la boca. Fué entonces cuando comencé á rodar, á padecer la vida.

¡Ah, gran *Dio*, por espacio de mucho tiempo me persiguió la *jettatura*! Pero al fin hallé á mi hombre al hallar á D. Carlos.

Pausa y trago de *quanti*.

—Le conocí en *Venezia*. Se presentó á mí como *giornalista* español, desterrado de su patria por causas políticas. Ya digo que de esto hace mucho tiempo. Me han dicho que ahora se ha casado por segunda ó tercera vez, con una francesa, con una doña Berta...

¡Oh! Era *bellissimo* con su gran barba negra y sus ojos oscuros, elocuentes y fascinadores...

¡Per *Baco*, qué hombre! No he conocido á otro tan práctico como él en los trabajos del amor. Al recordarle, me siento *giocone e forte*. Sabía bien su oficio de seductor; era un maestro del amor. ¡Oh, mi D. Carlos!

Algo le estorbaban sus dientes postizos. ¡Pero sabía besar y morder tan bien y tan oportunamente! Ya lo he dicho: un maestro, á pesar de su dentadura, que sabía quitarse en ocasiones supremas... *Tutto fini*—suspiró la italiana—; pero yo no olvidaré nunca á ese hombre, que satisfacía



# DON QUIJOTE



—¡Todos vienen al olor de mis enaguas!



—¡Hemos llenado bien nuestro deber!



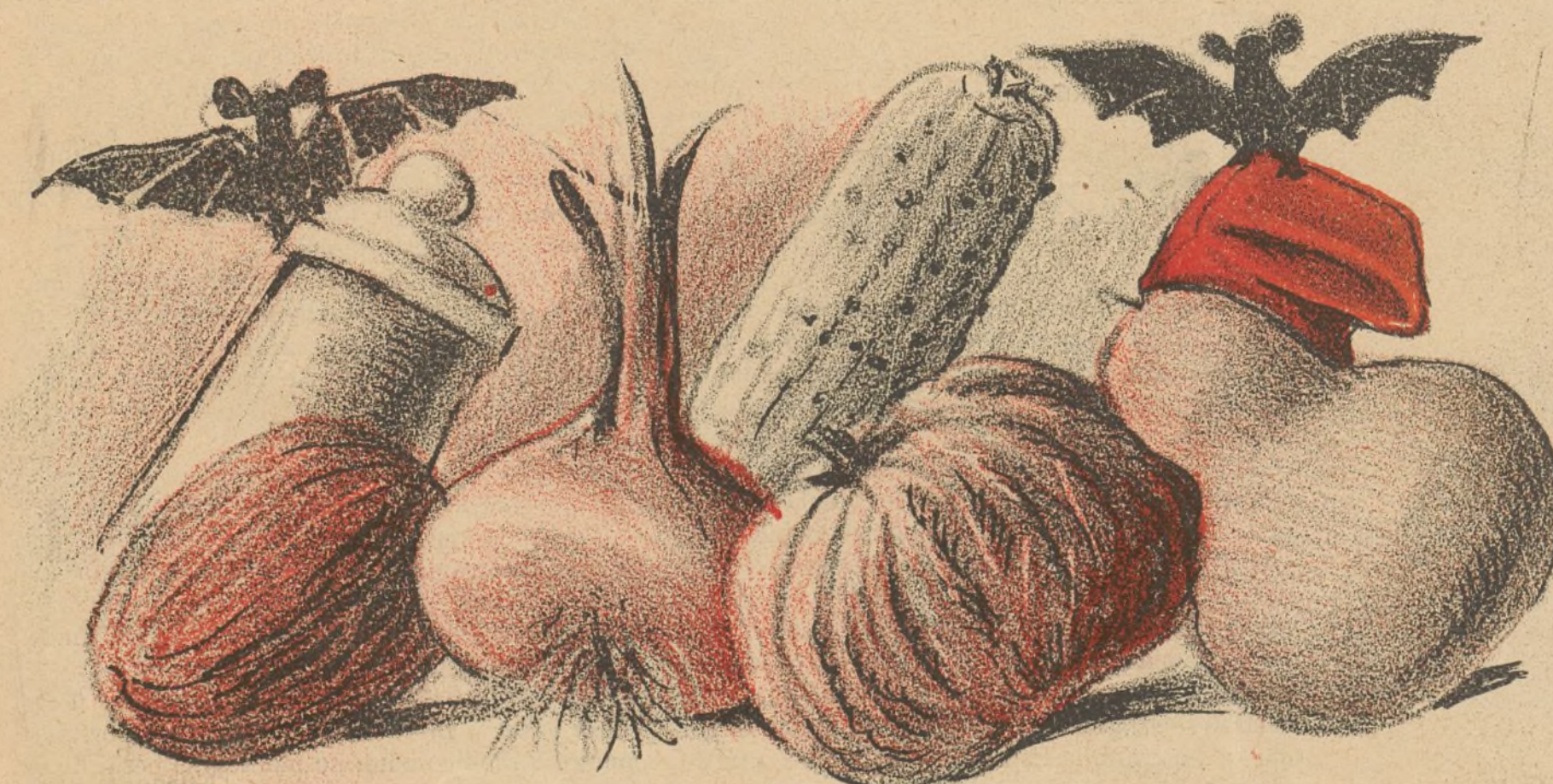
—Se agarraba aquel hombre á la cartera como se agarró el muérdago á la encina.



—Resultado de las elecciones municipales.  
¡Oh, la lucha legal!

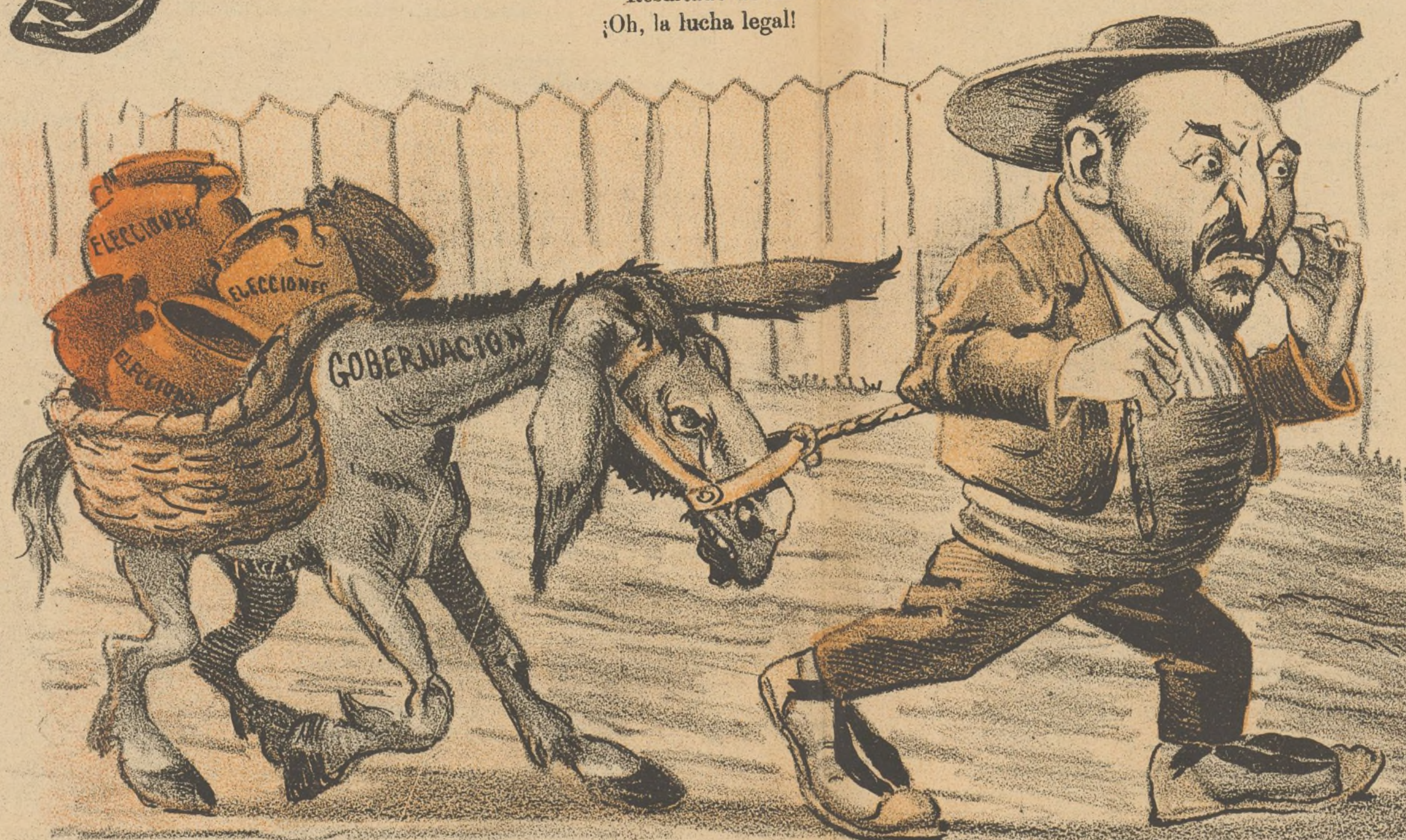


—¡Es mucha plancha para tan poco hombre!



Colección de cráneos catalanistas (1).

(1) Catalanistas, ¡eh? no catalanos.



—¡Quién compra pucheros!...



—La enfermedad de D. Práxedes.  
Sigue echando las muelas.

Ayuntamiento de Madrid



cía tan sabiamente mis caprichos. ¡Per la Madonna, qué rey se ha perdido España! A buen seguro que conociéndolo, que conociéndolo íntimamente, le hubieran elevado al solio todas las españolas.

Nueva pausa y nueva botella de *quianti*.  
—Perdonami... Acaso mi conversación le parezca inoportuna. Pero no sé concluir cuando comienzo a hablar de mi D. Carlos.

Y con voz en la que vibraba el entusiasmo:  
—Para mí, vuestro rey vale más que todos los héroes de la unidad italiana, porque para mí, el fingido *giornalista*, desterrado de su patria, es el *Hombre*, en la gran extensión de la palabra. Por él he conocido todas las fases del placer, de los placeres prohibidos... ¡Si así fueran todos los españoles!...

¡Oh, D. Carlos!—añadió alzando la copa solemnemente, como si brindara—nadie como tú ha sabido pulsar la lira mágica de Safo. Para ti el amor, y no ya el amor, sino el vicio, no tienen secretos. Tú eres único y poderoso; tú eres manantial inagotable de placer... ¡A tu salud, *bambino* mío!—Y apuró la copa de un trago.

Calló la italiana, y me miró audaz a la cara en solicitud de mis palabras.

—Una botella de Marsala—grité yo como respuesta a su interrogación.

—Ya ves—añadió ella—como tengo derecho a hablar fuerte delante de ti, puesto que he sido la querida de tu rey.

Estaba ya borracha y se echó a reír, con esa risa alegre e inconsciente del vino.

—Sí... mezclemos el *quianti* con el Marsala. Embriaguémonos... Yo necesito beber mucho para olvidar... Escucha: tengo veinticinco años que parecen cuarenta. Mi *cardinali*, si me viera ahora, no me conocería. No hay peor *jettatura* para la mujer que la vejez. ¡Bebamos!

Uno de los quinqués que nos alumbraban se había apagado. Estábamos casi á oscuras, y se hacía cada vez más irrespirable aquella atmósfera pesada de la taberna.

Los obreros seguían discutiendo al pie del mostrador.

—¡Si Menelik hubiera tenido que entenderse con el gran Garibaldi!

Mi italiana, ahogada por aquel calor sofocante, se desabrochó de un tirón el corpiño.

Y luego, bostezando, en voz baja, como si le faltaran ya fuerzas y alientos para hablar, cogiéndome las manos y besándomelas, añadió:

—Sí; la querida de tu rey... Conque... *dieci* lira... Ni una más, ni una menos. No se vendería ninguna reina, ninguna casi reina como yo, por tan pequeña cantidad. Pero á fe de *Marguerite* que lo *hacía* tan barato, porque tenía ganas de averiguar si todos los españoles poseían tan bien como D. Carlos la ciencia del amor...

—*Dieci* lira...

MIGUEL SAWA.

## SESION BORRASCOSA

Puesta la mano en un cuerno y la mirada sombría, cierta noche se aburría Satanás en el infierno. Harto de tanta maldad, y de pasiones en guerra, pensó venirse á la tierra en busca de novedad. Y con tarjetas postales llevadas por condenados, congregó á los encargados de los centros infernales. Abrió su regio salón, se sentó en la presidencia y con sigilo y prudencia fué entrando la comisión. Cada uno ocupó su silla, hubo pausa de un momento, y Satanás muy contento agitó la campanilla; y atusándose la pera, manía en él muy frecuente, tras un trago de aguardiente comenzó de esta manera: —«Condenados: el asunto por el cual os he llamado, es un asunto endiablado que voy á tratar al punto. Harto ya de tanto pillo y de la vida infernal, huyendo de tanto mal á la tierra me las guillo.» Gritos, voces, *chillería*, aplausos y confusión entre los de oposición y los de la mayoría. Unos gritan: «Que se vaya! Otros: No, no. Muchos: ¡Fuera! un diablo se desespera, y una diablo se desmaya. La campanilla fatal con su agudo retintín consigue aplacar al fin á aquella turba infernal.

Con más cuernos que una cabra y rabo de orangután, un ministro de Satán grita: ¡Pido la palabra! Se la dan por concedida, y así empieza su oración:

—«Rey del infierno: perdón, si mi palabra atrevida va á decir con claridad el juicio que ha merecido vuestro plan; me ha parecido que es una barbaridad.»

Más gritos, *algarabía*, todos *chillan* que es un gusto; se le retira del susto la leche á un ama de cría.

—¡O das una explicación, ó te mando á la caldera! exclama con voz de fiera Satán en su indignación.

—Señor, dice humildemente el ministro de los cuernos, ya sabéis que los infiernos son el centro permanente, el refugio colosal de miles de condenados; todos ellos enviados de la tierra, por lo cual opino puesto en razón, que al mandar aquí esa gente, es porque indudablemente hay allí más perdición.

Satanás arrepentido de su propia ligereza, dijo alzando la cabeza: ¡Está bien, me has convencido!

## ¡Cómo cambian los tiempos!

### AYER

En el *mittin*, con música de la «Marsellesa»...

Es necesario derrocar el poder de las tiranías; es necesario que desaparezca para siempre el poder mayestático, representado por la raza espúrea de la casa de Austria; abolir el poder de las teorías, purificar este ambiente político, saturado en la inmundicia y el dolor; hay que ser revolucionario por esto, por deber de ciudadanía española, por deber político, por conciencia, haciendo algo brutalmente hermoso, que socave los cimientos del edificio monárquico... para que resplandezca la verdad, la justicia y la razón, cuyos lemas son los de nuestra bandera republicana, bajo cuyos pliegues se une la hermandad de nuestras ideas de progreso y libertad, que ya alborcean en el horizonte de nuestra vida política.

### HOY

En el Parlamento, con música del *Tantum ergo*...

La práctica y el estudio me ha enseñado que no se puede ser violento en la lucha por las ideas, y que debe esperarse todo de las evoluciones *bastas*, pero *continuas*, que volvería á decir el vizcondé de Campo Grande... Para mí tan criminal es el demagogo que blasfema de los ritos religiosos en la vía pública, como el fanático intransigente que dice que el liberalismo es pecado... censuro al régimen actual, pero aporlo las opiniones de Canalejas... No quiero la supresión del presupuesto del clero, aunque deseo la separación de la Iglesia del Estado. ¿Cómo se entiende esto? Yo soy un republicano templado, gubernamental, y quiero que el Gobierno, con miras democráticas, haga porque termine ese estado de rebelión, unas veces en los obispos, otras en los obreros inconscientes, otras en los militares...

## LOS OBISPOS

La gran interpelación política episcopal, les resultó á los prelados un poquito desigual. Esperaba todo el mundo grandiosas magnificencias, y cuántas vulgaridades han dicho sus Eminencias! Es eso de ir al Senado, lugar de mundanas bullas, salirse de sus casillas, ¡digo, no, de sus casullas! Creyeron esos obispos allí con la luz del gas apabullar al Gobierno, ¡y lo han afirmado más! Son sabios, grandes teólogos y del cielo van en pos... pero ahora no han acertado; ¡Vaya por Dios!

## EL CRISTO NUEVO

El Cristo descendió de su cruz y dijo al creyente que oraba de rodillas ante él:

—Hijo mío, sois unos imbéciles. Hace diez y nueve siglos que predije la paz, y la paz no se ha hecho. Predije el amor, y continúa la guerra entre vosotros; abominé de los bienes terrenos, y os afanáis por amontonar riquezas. Dije que to-

dos sois hermanos, y os tratáis como enemigos. Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dejan esclavizar. Los primeros son malvados; los segundos idiotas. Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos. Grande es la crueldad de los unos, mayor es la resignación de los otros. ¡Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número... del derecho? No fué ese el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión, las habéis falseado. Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron. Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio á la libertad humana, y por eso perecí en la cruz.

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renan, ha dicho que yo fui un anarquista. Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fui anarquista. No quiero que unos hombres gobiernen á otros hombres; quiero que todos seáis iguales. No quiero que trabajen unos y que otros, en la holganza, consuman lo producido; quiero que trabajéis todos. No quiero que haya Estados, ni Códigos, ni ejércitos, ni propiedad, ni familia; quiero que todos os tengáis tan grande amor que no necesitéis ni verdugos ni jueces; que miréis como hijos vuestros á todos los niños y como esposas á todas las mujeres; que seáis una gran familia feliz, sana y laboriosa.

¡Por qué no lo hacéis así, hijos míos? ¡Por qué sois tan malvados que os complacéis en destruirlos? La tierra es grande y fecunda; los campos producen lo necesario para que todos viváis; la mecánica ha llegado á tan maravilloso grado de perfección que aplicando sus descubrimientos y los de la higiene á las fábricas y las minas, el trabajo trocaríase de penosa tarea en alegre entretenimiento. Entonces trabajaríais todos, como todos hoy tenéis gusto en disfrutar de los placeres de un deporte, y en tres horas de ese trabajo alegre y voluntario recibiríais los múltiples menesteres de la vida social, que hoy reciben unos cuantos. No habría entonces explotadores ni explotados, no habría señores y vasallos, no habría monarcas y súbditos. Con la propiedad desaparecería la sed de riqueza, el afán de lucro, la eterna rivalidad entre los pueblos, el asesinato lento en el taller insalubre de millones de hombres.

No padecería la mujer, sin la autoridad del esposo, la tiranía que al presente padece. No sería el amor fórmula hipócrita sancionada por la Iglesia ó por el Estado; sería pasión espontánea y voluntaria. No sería esclavitud de la mujer al hombre, porque tan libre y dueña de la tierra como aquél sería ésta, y para nada tendría que preocuparse del porvenir de los hijos; no comería tampoco nadie la ligereza de jurar amor eterno, como si el amor dependiese de la voluntad y de él se pudiese responder libremente.

No habría naciones diferentes; los ríos y las montañas no servirían de barrera para que los hombres dejaran de ser hermanos; las fronteras, que hoy separan los pueblos, no serían motivo para que os hicieréis cruda guerra. Lo que hoy reputáis injusto para unos y justo para otros, sería entonces igualmente dañoso para todos. El asesinato sería un crimen, y lo sería también la guerra; sería condenable la mentira de que usais en los tratos de pueblo á pueblo, tanto como hoy es aplaudida. La moral sería la misma para todos, y no se alteraría su esencia ni su forma con la diversidad de razas y países.

No cometeríais la inhumanidad de encerrar el delincuente en una prisión, como si con ello pudieseis enmendar la falta que es imputable á vosotros y no á él. Al desgraciado que realizase un acto inmoral le trataríais como á un enfermo, y no agravaríais su mal privándole de la libertad, don el máspreciado entre los hombres. Si desaparecieran las causas del crimen, ¿no desaparecería el crimen? ¿Habría rapiñas sin propiedad? ¿Habría celos sin el monopolio de una mujer? ¿Habría rencillas por el poder sin el poder?

Hijos míos, ¡por qué sois tan imbéciles? ¡Por qué sois tiranos los unos y resignados corderos los otros? Sacudid el yugo los que sufrís la tiranía; destruid la opresión los que vivís esclavizados. Con vosotros, los obreros, está la fuerza; vosotros sois el mayor número. Si agonizáis en las fábricas es porque no tenéis la entereza de hacer saber vuestro derecho.

Levántate, levántate, hijo mío. No es de los tiempos que corren la oración; no es de esta época de lucha la resignación mística. Me habéis injuriado gravemente; habéis disfrazado mis doctrinas. No legitiméis con mi nombre la explotación. Los que mantienen gobiernos y soldados no son mis discípulos.

¡Levántate y lucha!

J. MARTÍNEZ RUIZ

## ARAGONESAS

Permita Dios que me guelva un botijo sin pitorro, y que tú, muerta de sed, tengas que beber á morro.

A la otra vez que yo nazca, pa ministro li dé estudiar, que es un oficio muy güeno pa vivir sin trebajar.

Pa quitar pronto pesares, no hay como la bota llena, una voz que grite ¡padre! y una mujer que te quiera.

Libro que le faltan hojas y descarada mujer, son dos cosas igualicas; ¡las dos sirven pa envolver!

Con la mujer laminera y la suegra que mantienes, no busques trabajo, tonto, ¡bastante trabajo tienes!

Cuando pases por el puente, m'hi de poner yo debajo. ¡No creas que es pa mirate si llevas limpio el refajo!

¿Qué sería del baturro sin la cabecica atada? ¡Si aun con la frente sujeta dice las cosas tan claras!

El cariño en Aragón es muy parecido al hierro: ¡siempre fuerte! ¡siempre duro! si no lo ablandan con fuego.

No me escribas más carticas, porque no entiendo de letra. ¡Sólo conozco la jota!... cuando es «jota» aragonesa!

JORGE ROQUÉS GONZÁLEZ

## LIBROS

La cultura sajona, impregnada de la dulce y encantadora poesía oriental, ha producido un gran libro: *Ben-Hur*.

En *Ben-Hur* se pone de relieve el odio que envenenaba los corazones hebreos alimentados por la religión de la venganza, y se estudian las luchas políticas que precedieron á la Redención.

Con soberano ingenio, Lewis Wallace nos presenta el clásico portal de Belén bajo un aspecto histórico irrefutable que rectifica la tradición; nos describe la majestuosa reunión de los Magos en el Desierto para adorar al gran Niño, á pesar de las amenazas de Herodes; nos hace asistir á aquellos sangrientos combates navales de la antigüedad, donde los trirremes entraban al abordaje, y mientras los mercenarios de Roma se desfilaban sobre cubierta, los esclavos remeros se hundían en el abismo atados á los bancos, oyendo el fiero júbilo de sus compatriotas. Nos entusiasma también con las clásicas carreras del Circo y las fastuosas saturnales de Antioquía.

La casa editorial Maucci, de Barcelona, comprendiendo las nuevas orientaciones del espíritu moderno, ha hecho un verdadero servicio á la cultura española, con publicación tan extraordinaria. Baste decir que en el extranjero se han vendido en poco tiempo 400 ediciones.

Sólo nos resta añadir que la obra forma dos gruesos y elegantes tomos, á peseta cada uno.

## ANUNCIOS HUMORISTICOS

—El anís del *Hurón* ha substituido al anís del *Conejo*. Parece que el Sr. Blanché está seguro que el primero se va á tragar al segundo. ¡Así sea!

—Quiero besar su mano, marquesa, porque sus guantes perfumados huelen á gloria. *Las Calatravas, fábrica de guantes, Alcalá, 25.*

—¿Cuál es la primera sociedad de seguros del mundo? *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.*

—No hay muebles tan elegantes ni de tan buen gusto como los de A. *Vallejo, Alcalá, 17.* «Y el que quiera ver que vea...»

—¿Por qué huyó la moral de Grecia? Por negarse los griegos á usar relojes del gran establecimiento *La Hora, Fuencarral, 23.*

—Nada, lo dicho, es usted un cursi. —Pero, ¿por qué, señora? —Porque no compra usted sus guantes en casa de G. *Zurro, Carretas, 14.*

¡Y á beber, y á apurar las copas del licor! Y ya sabéis dónde venden los mejores vinos en Madrid: *Bodega del Jalón, Caballero de Gracia, número 56.*

## CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

*Sucursales, Fuencarral, 102 y Preciados, 7.*

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

## DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas.

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.